

faltasen las provisiones, lo que nos era fácil, como has visto; y cualquiera que hubiese reflexionado mas que tú, tendria por imposible que un sitio tan sombrío é ignorado de las gentes ofreciese todas las comodidades que habéis disfrutado por espacio de un año. Campagne tenia orden de acostumbrarte al trabajo y al estudio, y le habíamos trasmitido cuanta autoridad tenemos sobre ti: te ha sido muy provechosa la desgracia en que te considerabas sumergida; tu carácter se ha dulcificado; te has hecho prudente y laboriosa: várias veces al traves del armario por donde nos has visto entrar, te hemos oido discurrir y razonar con el mayor juicio, lo que nos ha servido de infinita satisfaccion: en fin, hija mia, hemos abreviado tu destierro, abriéndote las puertas de la prision, y ve aquí el secreto de tu detencion en la casa subterránea, la cual fué mandada construir por un loco que hace muchos años poseía este castillo, á la que se retiró el pobre señor impulsado de sus manías. Tu padre la compró tambien, y todo el subterráneo, cuyo lugar nos pareció el mas adecuado para nuestro ensayo, por todas las razones que ahora sería inoportuno explicarte, y que verdaderamente me parece excusado, porque tú las puedes alcanzar.

Benita, despues de esta explicacion, abrazó de nuevo á sus padres, deshaciéndose en lágrimas, sin olvidarse de hacer lo mismo con el buen Campagne; y desde entónces continuó siendo un modelo de bondad, de dulzura y de virtudes sociales; yo he conocido á la amable Benita; era ya anciana, y madre de una numerosa familia: ella misma me contó la historia de su juventud; y yo os la refiero para estimularos con este ejemplo á que seáis siempre dulces, honrados y humanos con todos los que os rodean; pues si Benita lo hubiera sido desde los principios, no habria experimentado la terrible prueba de la casa subterránea.

Grande impresion hizo en los muchachos esta historia: Adela, sobre todos, que conocia se la podia aplicar, se puso encarnada como la grana, y se retiró confusa. Los demas solo hablaron de lo maravilloso del suceso.

TARDE XXI

LA DESOBEDIENCIA

De ley divina y humana
Firme base es la obediencia,
Sin la cual fuera demencia
La autoridad soberana.
En su fuerza sobrehumana
Se funda el orden social;
Y el mas deplorable mal
Que ocurrir puede á un estado,
Es cuando se ha relajado
Este vínculo legal.

Solo la ausencia de Benito era la que agriaba los placeres inocentes de los hijos de Palemon, que sobre este particular permanencia inflexible. Habiales ocurrido la idea de arrojarle á los piés del padre á implorar su perdon, pero no se habian atrevido. Tambien habian formado el proyecto de ir á visitar y consolar á su hermano si Palemon llegaba á hacer algun viaje que les diese tiempo suficiente, y como el anciano ni aun sus ocultos pensamientos ignoraba, quiso ponerlos en ocasion de llevar á cabo su idea por ver si podia en ellos mas el amor fraternal que la obediencia.

Mr. de Lonchamps tenia que visitar á un amigo que vivia unas tres leguas distante de la Granja, y persuadió á Palemon que le acompañara: accedió con gusto, y dijo á los muchachos: Hijos

mios, os dejo por un solo dia; durante mi ausencia os reuniréis, como siempre, en el terrazo: Armando tiene el libro grande, en el que os leerá algunas historias para entreteneros: á mas de eso, para que sintáis ménos mi ausencia, os concedo libertad para que juguéis todo el dia; podéis hacerlo en el prado inmediato á la huerta; pero cuidado con desviarse, porque hace algun tiempo que una cuadrilla de ladrones infesta estas cercanías: á Dios, hijos míos; no olvidéis lo que os acabo de decir: mañana nos veremos, y proseguiremos nuestros ejercicios acostumbrados.

Los muchachos abrazan á su padre, que sale con su amigo. Apenas han partido, cuando Adela llama á Leon y Julio, y les dice: tenemos por nuestro todo el dia: hoy podemos verificar el proyecto de ir á ver á nuestro hermano Benito: ¡pobrecillo! ¡cuánto debe padecer léjos de nosotros! ¡qué desconocido estará! Vaya, vamos, vamos. — ¿No hay mas que vamos? dijo Leon; ¿y Armando? — Armando, responde Adela, está demasiado ocupado en sus matemáticas; y ademas si supiese algo, no nos dejaria ir: escuchad: esperemos la hora de jugar en el prado, á fin de que Marcela no sospeche nada: Armando no concurrirá, porque no le gustan nuestros juegos; y así que los dos estén descuidados, nos pondremos en camino: no hay mucha distancia, y no haremos mas que ir y volver. — ¿Y los ladrones que padre nos ha dicho? — Siendo de dia no hay que temer, y para la noche ya habremos vuelto; á mas de eso, ¿no somos tres? — Eso es cierto; ¿qué miedo podemos tener? yo llevaré el sable de papá; Julio un buen garrote, y tú tambien, si te parece, te armarás: no hay cuidado.

Concluido así el proyecto, los tres saltan de alegría pensando en el gusto que van á disfrutar, y comen tranquilamente con su hermano Armando sin darle parte de su designio. Acabada la comida, Armando les señala la hora de reunirse en el terrazo, donde quiere leerles una historia: despues sube á su cuarto, y se encierra en él para trabajar; Marcela está ocupada en los oficios domésticos, y nuestros tres amigos salen al prado. No bien se hallaron en él, se encaminan al bosque en donde está su hermano, muy ajeno de semejante visita. El paraje en que se hacia el carbon estaba muy retirado en el fondo de una espesura, y para llegar allí solo habia una estrecha senda. El dia que fueron á este sitio con su padre, no tuvieron cuidado de reparar en la senda, y ahora no podian hallarla. — Á la izquierda estaba, dijo Adela. — No, sino á la derecha, respondió Julio. — Pues yo digo, repuso Leon, que es

menester ir en derechura. Confusos se hallaban, y aun expuestos á malograr su proyecto, cuando se les acercó un leñador, á cuya primera vista temblaron acordándose de los ladrones mencionados por su padre. Sin embargo, el verse armados los sosiega, y preguntan á este hombre si están muy distantes del sitio en que se hace carbon. — La semana pasada, les respondió, se trabajaba muy cerca de aquí, allí abajo: en el dia, para llegar á la nueva carbonera, falta mas de una legua. — ¿Para la carbonera de Lagrange? — Sí, señores: tomad esta senda á la izquierda, que va á parar á un sitio despejado, y desde allí veréis una espesa humareda que sale de la carbonera: á Dios, señores.

Dicho esto, se fué el leñador, y nuestros tres fugitivos quedaron confusos: ¡ Todavía una legua! ¡ Dios mio! ¡ qué léjos está! ¿ qué hora será? ¡ si tuviéramos un reloj! ¿ proseguimos? — Sí, prosigamos: aun no es tarde: lo mismo nos han de reñir por dos horas que por cuatro: vamos, vamos: á lo ménos veremos á nuestro pobre hermano; le daremos mil abrazos, y sin detencion nos volveremos.

Los imprudentes jóvenes siguieron el camino indicado por el leñador, sin advertir lo difícil que les habia de ser acertar con él. Caminan, caminan, y al cabo descubren el humo espeso que despide le carbonera. Á su aspecto se les aumenta el vigor: ya no caminan; corren, vuelan, y llegan á una cabaña, donde no dudan hallar á su hermano, pero no está allí; nadie se presenta á sus ojos: ¿ de quién se informarán? En esto ven á los léjos un muchacho cargado de leña, y negro de los piés á la cabeza, la que traia inclinada á la tierra, de modo que era imposible reconocer sus facciones. ¿ Si sería él? ¿ Sería este aquel Benito, tan hermoso, tan limpio y aseado? Los muchachos no podian creerlo; pero Benito ya los habia reconocido. Arrojó la carga de leña, y sin reparar que mancharia los vestidos de sus hermanos, se echó en sus brazos derramando lágrimas. Él es: exclamaron los otros tres.

Luego que se pasaron los primeros momentos de efusion, Benito les preguntó por su padre, y Leon contó entónces que han venido ocultamente, y que nunca lo descubriera, añadiendo: Hemos venido á verte, por no poder resistir el deseo de abrazarte y consolarte. Tendrás mucho trabajo, ¿ no es verdad? — ¡ Oh, si lo supierais!... Todos los dias Lagrange, que tiene maldito genio, me hace cortar, serrar, liar y traer la leña del modo que veis; y despues ir por agua á unos estanques... en fin, es un trabajo in-

sufrible; ¡no dormir sino cuatro horas! ¡siempre en pié! y sobre eso no comer sino un pan duro y negro: esta es la vida que paso: ¡oh Dios! ¡cuánto siento haber irritado á mi padre! ¿cómo haria para desenojarle? — Mira, le dice Julio, no hay sino un arbitrio: él volverá mañana; escápate, y ven á pedirle perdon de tus faltas, así en el mismo traje en que te hallas, que eso le conmovirá mucho mas: para acertarlo mejor, será bien que te presentes á cosa de las ocho de la noche, para que no te haga volver; pues siendo tan bueno como es, no es posible que te despidá á semejante hora; nosotros apoyaremos tus ruegos, y Mr. de Lonchamps, á quien no conoces, y es un hombre muy apreciable, tambien nos ayudará, y sin duda quedaremos satisfechos: ¿qué tal? ¿te parece bien la idea que me ha ocurrido?

Benito solo con abrazos responde á sus hermanos: les agradece el consejo, lo seguirá, é irá á postrarse á los piés de su padre: ya se le habia ocurrido, pero le contenia el temor de hacer mayor su delito; mas una vez que está seguro del apoyo de sus hermanos, y del de un amigo de su padre, nada teme, y lo espera todo; ¿pero cómo burlará la vigilancia de Lagrange, que parece su sombra? Sin embargo, no desconfía de hallar medios para su fuga: por ahora Lagrange, segun su método ordinario, está durmiendo en su cabaña: elegirá pues la misma hora para escapar y trasladarse á casa de su padre. Benito no puede contener su regocijo; admira la ternura de sus hermanos, y cuando se reuna con ellos, se propone amarlos tiernisimamente, y no causarles nunca el mas leve disgusto. Con todo, no está satisfecho de Armando: solo la idea de que no habria permitido á sus hermanos venir á verle, le causa pena. Nuestro hermano Armando, dijo, es un egoísta. — No es tal, respondió Adela, te ama tanto como nosotros; pero encargado particularmente de las órdenes de papá, nos habria representado que debíamos ejecutarlas, obligándonos así á no desobedecer; porque hablando con ingenuidad, bien conozco que en esto média un poquito de desobediencia de parte nuestra: padre nos mandó que no nos alejáramos de la casa, y aun nos aseguró que en el bosque andaba una cuadrilla de ladrones. — ¡Patarata! repuso Benito; eso os lo dijo para atemorizaros. Nunca he oido hablar de ladrones, ni se halla ninguno por estos contornos; vaya, vaya, que no tenéis qué temer; el camino es seguro; yo salgo fiador. — Te creo; pero con todo es forzoso que nos volvamos al punto; á Dios, á Dios. — ¿Cómo á Dios? no señor; todavía tenéis tiempo: merendaréis conmigo; que

aunque no tengo que ofreceros cosas exquisitas, las hará apreciables el ser ofrecidas por un hermano: todo se reduce á algunas nueces y avellanas, que son cuanto poseo. — No puede ser, que nos detendremos demasiado. — ¿Conque tan pronto quieres separarte de tu hermano, querida Adela? — No puedes, Benito, conocer cuán agradable me es tu compañía; pero... — ¿Qué pero? dice Julio; ¿por qué hemos de desairar á un hermano? ¿no es verdad que lo sentirias, Benito? — ¡Oh! yo te lo aseguro.

Adela no es de parecer que se detengan mas en este bosque; pero los dos muchachos son intrépidos: el uno saca á relucir su sable, y el otro hace ostencion de su grueso y nudoso garrote, diciendo á su hermana: mira, con este no temo yo á un regimiento entero; fuera de que Benito nos asegura que no hay qué temer: padre ha querido asustarnos, y los padres dicen cosas como estas á los muchachos cuando les conviene.

Nuestros valentones tranquilizan á Adela, que al fin consiente en todo: Benito, que hace punto de honor el obsequiar á sus huéspedes, los deja por un breve rato, y luego vuelve cargado de un enorme pedazo de pan negro, y con el sombrero lleno de nueces y avellanas: extiende su provision sobre la yerba, y con cierto aire de gravedad convida á sus hermanos á comer: ellos se sientan en torno á los manjares, y los despachan con buen apetito.

Entre tanto corre el tiempo, la noche se acerca, y trae sobre sus negras alas los accidentes, las inquietudes y temores que van á experimentar nuestros tres viajeros. ¡Dulce placer de la mesa! ¡tú haces olvidar las rápidas horas! ¡en ti se desperdicia un tiempo muy precioso! ¡cuántos males has causado! ¡y cuáles son los que preparas á nuestros fugitivos héroes!

Adela fué la primera que advirtió la rapidez con que pasaba el tiempo, se levantó, tomó de las manos á sus dos compañeros, y les precisó á dejar los deliciosos manjares que hacia una hora estaban devorando, diciéndoles: Ya es tarde, hermanos; tenemos mucho que andar: ¿y quién sabe si acertaremos el camino? — ¿Pues no hemos de acertar? — Á la verdad, dice Benito, no es gran dificultad: la carretera está allí abajo. — Sí, allí abajo; ¿pero por dónde iremos á ella? — Por esta vereda, que conduce rectamente hasta ella.

¡Mientras que Benito recogia los residuos del convite, Adela se compuso sus vestidos, y luego mirando á Julio, dió una gran carcajada. — ¿Por qué te ries? — Porque estás tan negro como un

carbonero. — Y tú lo mismo; y tambien Leon. Benito los habia ennegrecido al arrojarle á sus brazos. Luego que se limpiaron cuanto les fué posible, se despidieron de su hermano, encargándole que cuanto ántes ponga en ejecucion lo que le habian aconsejado. Benito no podia separarse de ellos; lloraba, y los otros correspondian á su llanto: de nuevo vuelven á abrazarle, olvidándose por entónces de que los habia ensuciado con los anteriores abrazos, pues estaban muy enajenados para pensar en otra cosa que en el dolor de su separacion. Mil veces se despidieron, y por fin se separaron, dirigiéndose desde léjos miradas cariñosas con la mayor sensibilidad.

¡ Dulces vínculos del amor fraternal! ¡ dichosos los corazones que os conocen, y saben sentir vuestras preciosas impresiones! la amistad de los hermanos es la prenda de la sociedad, pues prepara aquella union y armonía que debe reinar siempre entre los hombres; la ternura fraternal es el primer paso hácia la filantropía: y las virtudes privadas, las virtudes de la naturaleza y el sentimiento, son los manantiales de las virtudes sociales.

Siguieron, pues, nuestros caminantes rectamente la senda que les habia indicado su hermano. Todavía estaban enternecidos con el placer que habian tenido de verle, de su buen recibimiento, y sobre todo de los felices efectos que esperaban de los consejos que le habian dado. No hay duda, decian, papá es bueno, sensible y generoso; cuando le vea á sus piés, le abrirá sus brazos, y lo olvidará todo. Á la verdad, Benito ya no sería carbonero si hubiese manifestado mas docilidad, dulzura y arrepentimiento cuando padre le intimó este castigo: si en vez de mostrar una punible audacia, le hubiese pedido perdon, hubiera venido con nosotros, y todo quedaba concluido; pero respondió como burlándose; papá no gusta que se le replique, con razon, pues sabe lo que debe hacer para educarnos; conoce nuestros defectos, y tanto su gusto como su obligacion, es el corregirnos; pero verá, oirá á su hijo, á quien ama tanto como á nosotros, y todos nos echaremos á sus piés para desarmar su severidad. ¡ Oh! no puede ménos de salir todo á medida de nuestros deseos.

Razonando así, advirtieron que el sol se ponía, que unas densas nubes adelantaban la llegada de la noche. Adela temblaba, y sus dos bravos campeones conocian que vacilaba todo su valor; crecieron sus temores cuando acabaron de atravesar la senda que, segun Benito, debia conducirlos á la carretera, pues no hallaron camino alguno trillado, sino arbustos, maleza y multitud de sen-

das que, cruzándose entre sí, no presentaban punto alguno de direccion.

Entónces sí que se arrepintieron de haberse detenido tanto con Benito, conociendo que les sería imposible volver á casa ántes que cerrase la noche, y que lo ménos que podia sucederles era el ser reprendidos severamente por Armando y Marcela, que sin duda estarían llenos de inquietud, y podían contar á su padre la escapatoria: sin embargo, era forzoso caminar, y no hallaban quien pudiese dirigirlos.

Aunque no cesaban de andar, conocian que se iban extraviando cada vez mas. Adela estaba casi desfallecida; no podia dar un paso mas; pero el deseo de salir del bosque la prestaba fuerza: apoyada sobre Julio y Leon, se esforzaba á vencer el miedo y la fatiga.

Entre tanto el cielo se oscureció enteramente: la noche desplegó las sombras mas densas en aquel sitio con la multitud y espesura de los árboles de la selva: solamente se oía el canto lastimero de las aves nocturnas: nada se distinguía: todo inspiraba terror y aumentaba el espanto de nuestros caminantes.

Ya casi desesperaban de poder salir del bosque, cuando á Julio le pareció ver una luz á lo léjos: lo mismo advierten los otros: un rayo de esperanza brilló á sus ojos; pero pronto la dispó el miedo. Iremos allí, decian, ¿ y si tropezamos con algunos ladrones? — Mas regular es que sea alguna cabaña de leñadores ó carboneros. — ¿ Estás persuadido de eso? — Sí por cierto.

Leon animó de este modo á sus compañeros, y les aseguró que aun cuando diesen en poder de ladrones, nada podían hacer á unos muchachos que ni tenían dinero, ni los vestidos podían excitar su codicia: les persuadió, pues, á que le siguieran, porque era el único medio para salir de aquel inmenso bosque. Llegaron al sitio en que habian visto brillar la luz, y hallaron una cueva cuyo fondo se perdía de vista, lo cual pudieron observar fácilmente al resplandor que arroja una gran tea encendida y clavada en la tierra. Sin duda, dijo Adela, este sitio es un albergue de malhechores. — No creas tal, respondió Leon, y llamó desde la entrada del subterráneo: nadie le contestó sino el eco de sus voces que se repitieron á lo léjos en la gruta: volvió á llamar, y sucedió lo mismo. — Entremos. — No, dice Adela conteniéndole: ¿ quieres que nos suceda lo mismo que á Benita? — Déjate de eso, y no tengas tanto miedo.

Leon tomó de las manos á sus hermanos y entraron en el sub-

terráneo; pero á los pocos pasos que dieron en él, admirados de no ver á nadie, no se atrevieron á internarse: al recorrerlo con la vista, vieron algunas escopetas colgadas en la pared, lo cual los atemorizó y no sabian si permanecer allí ó volver á buscar el camino. En esto se les presentó una feísima vieja que salió del fondo del subterráneo, diciendo: ¿Quién me llama? ¿quién turba mi reposo?... hola, hola, ¿qué hacéis aquí?

Los muchachos, mas asustados con el aspecto de esta mujer, quieren huir; pero de repente entran en la caverna cinco ó seis bandidos, y dicen á la vieja: ¿Quiénes son estos muchachos, Démona? — No lo sé; acabo de hallarlos aquí registrándolo todo. — ¡Bravo! ¡bravo! dice uno de ellos; estos serán espías; porque muchas veces la justicia se vale de semejantes picaruelos para descubrirnos.... Ea, decid, ¿qué buscáis en este sitio?

La terrible voz de aquel malvado confundió á los muchachos, que apenas pudieron decir que se habian perdido en el bosque. — Mala excusa, exclamó un hombre de grandes bigotes: otros designios son los vuestros: de cuando en cuando suelen venir por aquí algunos chicuelos, sin duda para observar; esto es muy sospechoso: mejor será que con ellos sepultemos el secreto: ¿qué os parece, camaradas?

Todos los bandidos fueron del mismo parecer, y los muchachos conocieron demasiado tarde su perdición: clamaban, lloraban; pero nada conmovia á estos bárbaros; dos de ellos se apoderaron de Adela, y querian darle de puñaladas: otros tres cogieron á Leon, y le pusieron al pecho una pistola, y Julio se arrojó á los piés de la execrable vieja, que hacia muchos esfuerzos para atarle. ¡Espantoso cuadro, cuya pintura repugna á mi corazón! ¡Oh imprudentes niños! ¿quién podrá libertaros de estos monstruos? Á este tiempo se presentaron dos hombres, sin duda encaminados á aquel sitio por las angustiosas voces de los muchachos: entraron, y al momento la vieja y los bandidos, tan cobardes como crueles, se retiraron precipitadamente al fondo del subterráneo. Los muchachos, casi desmayados, se reanimaron, y fueron á postarse á los piés de sus libertadores; pero ¡cual fué su sorpresa al reconocer en ellos á su padre y á Mr. de Lonchamps!

Su confusion y arrepentimiento les hicieron caer en tierra. Palemon y su amigo los levantaron, diciéndoles: Hijos desobedientes: bien merecido tenéis.... pero no hay que perder tiempo: salgamos de esta caverna, en que ibais á ser sacrificados si la prudencia y vigilancia paternal os hubieran perdido de vista. Pale-

mon tomó á Adela en los brazos, y Lonchamps cogió las manos de Julio y Leon. Salieron de aquel funesto lugar, encontraron la carretera y se encaminaron á casa, sin que el padre dijese cosa alguna á los muchachos, los cuales tampoco tenian valor para pronunciar ni una palabra.

En casa es donde Palemon se propuso reprenderlos como merecian. Así que hubieron llegado, les hizo sentar, y les habló de este modo: Mi amigo y yo hemos salido de aquí al amanecer con ánimo de volver mañana; pero á cosa de tres leguas hallámos al mayoral del amigo de Mr. de Lonchamps, quien nos dijo que su amo estaba en la ciudad cercana, donde se detendria algunos dias: damos la vuelta á casa, y nos dicen que faltáis de ella: al instante presumí que habiais ido á ver á vuestro hermano Benito sin mi licencia; vamos á buscaros, y siendo ya tan tarde, conocemos que os habéis perdido en el bosque; lo recorreremos, y llegamos á la caverna en el mismo instante en que los ladrones, de que os habia hablado, iban á quitaros la vida: favor del cielo ha sido: no os diré ahora lo que pienso en orden á esto: es tarde, y estamos cansados: lo que importa ahora es retirarse cada uno á su cuarto, que mañana nos veremos.

Palemon pronunció estas palabras con tono irritado: los tres muchachos, penetrados de sentimiento, se retiraron. Mañana veremos cómo Palemon habia dispuesto el suceso de los fingidos ladrones, que eran unos leñadores con quienes se habia convenido para castigar la desobediencia de sus hijos, que por otra parte consideraba digna de indulgencia, porque era efecto del amor fraternal.